

**Toros bravos y República**

Me gustan los toros bravos, ya lo sabéis, lo he reconocido más de una vez. Y de una forma muy distinta a como les pueden gustar a las vacas. Aclaro esto porque la cantidad de quienes exponen estos días sus ideales simplificando las diversas categorías sociales y la pluralidad ideológica del colectivo humano, me lleva a compartir con vosotros la tesis de Carlo M. Cipolla, traída ya en otras ocasiones y que no por ello dejará de provocar mi propio desternillamiento, de cuajo, cuando la rememoro: “la estupidez humana es una constante universal mucho más elevada de lo que nos podamos imaginar e independiente de la extracción del grupo social donde se realice el estudio”.

La otra tarde, de toros en la capital del Reino, unos aficionados venían a reflejar su ideal en un “cómo no ser monárquicos si Juan Carlos I es un gran aficionado a los toros”. Ciertamente, la expresión no me dejó lugar a dudas; se dijo eso: “toros” y no “corridas”. En este otro caso, me hubiera invadido un republicano celibato, pues no sé qué puñetas puede significar ese binomio “toros-monarquía” frente al “animalismo-república”. De verdad, no sé si estoy más preocupado por el afán reduccionista de las masas o por la ignorancia supina de las mismas; tal vez caras de una misma moneda.

Se trata de reduccionismos tan estúpidos como el “ahora o nunca”, tan innecesario como desacertado, del líder de la tercera fuerza política que, incapaz del famoso “sorpaso”, aspira a la identificación de República y Democracia. A ver, ¿acaso no conocemos auténticas “repúblicas bananeras” (capitalistas y comunistas) o monarquías democráticas, que serían ejemplo a imitar (no por capitalistas, si no por transparentes)? La democracia es una práctica irreducible a corsés estructurados, por muy bien votados que lo estén. En democracia, en particular, no tienen cabida el odio, ni la venganza, ni la anulación del otro. En definitiva, no tienen cabida esas tantas prácticas para las que se buscan mayorías que las legitimen, aunque sean atrocidades... Al fin y al cabo, eso es lo que ocurre con el vencedor en la batalla: sus crímenes de guerra quedan sublimados por el “éxito del vencedor”; ése a quien nadie pide cuentas, pero todos rinden homenaje. Ahora bien, si el Borbón quiere regir con tranquilidad, referéndum, ya. Y sin milongas de sacralidad constitucional: podéis reformarla durante el mes de agosto, como la última vez.

Fecha: 10/06/14

*Enrique de Amo*  
*Profesor Titular de Análisis Matemático de la UAL*